

DESAPARECEN LAS FRONTERAS. AMÉRICA EN LA COMUNIDAD MUNDIAL *

William Warren Bartley III

La sociedad humana no está compuesta por naciones en el mismo sentido claro y definido en que está integrada por individuos o por estados soberanos. El espectro de las nacionalidades abunda en interpretaciones, ambigüedades y zonas crepusculares. En consecuencia, el concepto de nacionalismo (como principio universal), el concepto de un orden de estados nacionales “justo” o “natural” es, en la realidad y en la teoría, puramente utópico. No puede existir un orden de estados o de *fronteras* en el cual no intervenga en grado sumo el factor de la arbitrariedad, la contingencia y el accidente histórico.

Aurel Kolnai¹

A pocos años del año de gracia de 1929, toda Europa parecía haberse convertido en un estado feudal anárquico. Tal como había ocurrido un milenio atrás, en el caos que sucedió a la conquista del Imperio Romano de Occidente por los bárbaros, los pueblos más débiles se habían “encomendado” a los más fuertes en busca de seguridad; la destrucción del derecho canónico común y del orden emergente de él tuvo como consecuencia la supremacía de una autoridad y una justicia arbitrarias; y los peores rasgos de la Edad Oscura se convirtieron en acontecimientos familiares: asesinatos, degüellos, servidumbre, *ghettos*, bandolerismo, piratería, expropiaciones sin proceso legal. En verdad, podría decirse que, en comparación con estos tiempos, la Edad Oscura parecía casi luminosa.

Graham Hutton

Los historiadores nos han enseñado a dar nombre a los siglos: a la “Edad de la Fe” medieval la sucedieron el Renacimiento y la Reforma y posteriormente, en el siglo XVII, la “Edad de la Razón”, A su vez, ésta fue seguida por el Iluminismo del siglo XVIII. El XIX fue “El Siglo de las Ideologías” y a nuestro siglo XX se le han dado cien nombres diferentes. No se nos puede reprochar, pues, que lo

* Alocución pronunciada en la Reunión Anual de la Southwestern Social Science Association, Little Rock, Arkansas, el 30 de marzo de 1989, con el patrocinio de la Vera and Walter Morris Foundation. Agradezco a mi colega, el profesor Robert Wesson, por sus muy acertados comentarios críticos.

¹ Aurel Kolnai, “Les ambigüités nationales”, en *La Nouvelle Revue*, Montreal, 1946-47, pp. 533-46, 644-55. Publicado en inglés con el título “The Politics of National Diversity”, *The Salisbury Review*, vol. 5, N° 3 (abril de 1987): 33-37.

llamemos “La Edad de la División” o “El Siglo Dividido”. O, al menos, no nos censuraría si explicáramos que estamos hablando en sentido metafórico porque en realidad no creemos en entidades metafísicas llamadas “siglos” que miden el paso del tiempo en períodos exactos de cien años cada uno.

El tiempo que antecedió a la división del mundo

Usemos la metáfora. A fines del siglo XIX el mundo era uno solo, en un sentido que ahora ha desaparecido. La gente podía viajar por todas partes sin pasaportes ni documentos de identidad, afincarse y formar su vida prácticamente donde quisiera. Su viaje podía ser peligroso, porque había atropellos y crímenes, como los hay en todo viaje, pero la influencia del derecho romano y del *common law*, así como la del Código Napoleónico, se hacía sentir en la mayor parte del mundo. Es cierto que, de acuerdo con nuestras pautas actuales, el número de personas involucradas y el volumen de información y de bienes intercambiados eran pequeños, pero, con todo, este logro era extraordinario y se debía al desarrollo y la universalidad de los imperios, con su herencia jurídica europea común, y a las empresas comerciales y militares que los precedieron y los cimentaron.² La armada británica, por ejemplo, había llegado casi a eliminar la piratería. Norteamérica había abierto las puertas del Japón y el temor a las represalias de las potencias imperialistas hacía que los ciudadanos de todos los países pudieran viajar con relativa seguridad hacia donde lo desearan.

Aunque existían algunos bolsones de resistencia a este derecho civilizador y algunos despotismos de menor cuantía, por lo general en lugares relativamente inaccesibles, el derecho en sí mismo no reconocía límites ni fronteras. Y, aun después de la Gran Guerra, continuó reclamando el acatamiento universal. Cuando por fin se introdujeron los pasaportes británicos, sus páginas iniciales proclamaban, con grandes caracteres:

Su Majestad Británica ordena y demanda, a todo aquel a quien pueda interesar, permita al portador pasar libremente, sin estorbo ni obstáculo, y le proporcione la asistencia y protección que le sean necesarias.

También Francia y el Imperio Austrohúngaro compartían este universalismo, como lo hacía el imperio establecido por “el aliado más antiguo de Gran Bretaña”, Portugal, virtualmente subordinado al Imperio Británico. (Las dos colonias gemelas, la portuguesa Macao y la británica Hong Kong, aún coexisten en el mar meridional de la China, pero Macao ha revertido a China y Hong Kong ha entrado en su última década de existencia independiente antes de volver a integrar el Reino Medio.*) Los Estados Unidos fueron también partícipes de este universa-

² Véase, por ejemplo, el ensayo de Lord Macaulay sobre Lord Clive en sus *Historial Essays*, Macmillan, New York, 1926

* En realidad, ambas colonias serán devueltas antes de que finalice el siglo XX: Hong Kong en 1997, por el acuerdo pactado en 1984, y Macao en 1999, según el Acuerdo de Pekín firmado en 1987. (*N. dela T.*)

lismo, tal como lo proclaman su Declaración de Independencia, su Constitución y hasta la Estatua de la Libertad. Incluso lo fue Alemania. El primer volumen de la Enciclopedia Hinneberg, que registra los acontecimientos culturales del siglo XIX pronostica los que advendrán en el siglo XX, se titula *Die allgemeinen Grundlagen der Kultur der Gegenwart*, o sea, “ Los fundamentos generales de la cultura contemporánea”; los fundamentos *generales*. No es éste un enfoque comparativo de un mundo dividido culturalmente, sino un intento de especificar los fundamentos universales. Esta enciclopedia fue, en 1913, el regalo de Navidad que ansiaba uno de los grandes pensadores de nuestro siglo; F. A. von Hayek.

Hayek dedicó gran parte de su vida a describir cómo surgieron esos fundamentos y cuáles fueron sus efectos. Dice en su obra *The Fatal Conceit*, publicada por la University of Chicago Press:

El hecho de que la raza humana haya podido poblar tan densamente como lo ha hecho la mayor parte de la tierra, haciéndola producir lo necesario para mantener a gran número de personas incluso en aquellas regiones que escasamente pueden alimentar a sus propios pobladores, se debe a que ha aprendido a extenderse hasta los rincones más distantes del planeta, como un cuerpo colosal que se estirase, y a arrancar de cada sitio los diversos elementos necesarios para nutrir al todo [...]. Si alguien observara nuestro mundo desde el espacio exterior, esta expansión sobre la superficie de la tierra, con los cambios cada vez mayores que acarrea, le parecería un crecimiento orgánico, Pero no es así; todo esto ha sido realizado por individuos que no obedecen a reclamos instintivos sino a costumbres y preceptos tradicionales.³

Para Hayek, este acatamiento de las normas morales y de las reglas jurídicas de procedimiento que rigen la propiedad y el comercio, acatamiento que no es deliberado ni instintivo, hace surgir espontáneamente el amplio y manifiesto orden de la cooperación humana, establece sus vínculos y lo preserva. En su obra, Hayek hace un profundo análisis de la civilización a que esto ha dado lugar, que alcanzó su punto culminante en el liberalismo *whig* de fines del siglo XIX.⁴

Por supuesto, no debemos exagerar ni idealizar el espíritu universalista, la liberalidad, el consenso respecto de las normas básicas jurídicas y de procedimiento, la tolerancia en las postrimerías del siglo XIX y en los comienzos del XX. La superioridad de las culturas europeas, como la de las tradiciones y las familias que ejercían su hegemonía sobre ellas, eran aceptadas casi sin crítica alguna. El racismo imperaba por doquiera. En todo el mundo, las personas que emigraban o inmigraban eran objeto de un trato intolerante, pero aun cuando no lo fueran prevalecía cierta presunción, así como esa forma sutil de la intolerancia

³ F. A. Hayek, *The Fatal Conceit*, en W. W. Bartley III (comp.), *The Collected Works of F. A. Hayek*, vol. I, University of Chicago Press, Chicago, 1989, p. 43.

⁴ *The Fatal Conceit*, p. 3.

que se limita a tratar con arrogante condescendencia, no exenta de cortesía, a aquellos que no se ajustan a sus pautas y que a veces llega incluso a excluirlos, pero no a agredirlos abiertamente. Como todavía dicen los ingleses, “las ranas nacen en Calais”: pero se seguían haciendo negocios con ellas, se podía viajar con seguridad por sus países y se acataban leyes y tradiciones similares a las suyas. El sobrino y biógrafo de Lewis Carroll (*autor de Alicia en el país de las maravillas y A través del espejo*) cuenta, en una de esas anécdotas de la época victoriana que valen por libros enteros, que su tío era un hombre excepcionalmente amplio, como lo demostraba el hecho de que era amigo de un metodista.⁵ Lejos de esta limitada amplitud de miras, en el otro extremo del espectro, comenzaron a surgir en esa época el anarquismo y el terrorismo, y empezó a hacerse cada vez más patente la amenaza del socialismo.

Pero aunque se siguiera ensalzando la cultura occidental y dando por sentada su superioridad, su predominio no excluía ni menospreciaba otras grandes culturas. Las potencias europeas, así como los Estados Unidos, se enorgullecían de haber asimilado los logros de muy diversas culturas que habían sido en muchos aspectos iguales y a veces superiores a ellas. En los museos y universidades de toda Europa y de Norteamérica se asignaban cuantiosos presupuestos y se destinaban magníficas salas a la exhibición de los tesoros provenientes de Egipto y Medio Oriente, la India, el sudeste asiático, la China y el Japón; todo esto superaba ampliamente a lo que antes se dedicara a las culturas de Grecia y Roma, Francia, España y Alemania, e incluso a Bretaña y Escandinavia. Según Lord Macaulay, que había servido militarmente en la India, la cultura de este país superaba a la de España. Max Müller, Oswald Síren, Arthur Waley, rara vez menospreciaron las culturas extranjeras que eran objeto de sus investigaciones y cuyos tesoros artísticos y literarios coleccionaban. La única excepción importante la constituyen las culturas de los pueblos africanos al sur del Sahara.⁶ Sólo dos grandes culturas fueron realmente destruidas como resultado de la conquista y la colonización occidentales: los antiguos y primitivos imperios de los aztecas y de los incas; esta destrucción se llevó a cabo en su mayor parte en los primeros tiempos de la conquista — Cortés se apoderó de México con once barcos, diez cañones, cuatro falconetes* y 400 hombres, todos ellos bandidos y aventureros recién llegados al Nuevo Mundo después de combatir en las guerras europeas, y Pizarro conquistó el Perú con una dotación aun menos numerosa—, antes de que las metrópolis civilizadas de Occidente hubieran tomado contacto con esos remotos lugares y los hubieran sojuzgado. Hubo más tarde otros episodios de los cua-

⁵ Stuart Dodgson Collingwood *The Life and Letters of Lewis Carroll*, T. Fisher Unwin Londres, 1898.

⁶ Véanse Lewis H. Gann y Peter Duignan, *African Proconsuls*, The Free Press, New York, 1978; Lewis H. Gann y Peter Duignan, *The United States and Africa*, Hoover Institution Press, Stanford, 1978; Lewis H. Gann, *White Settlers in Tropical Africa*, Greenwood Press, Westport, 1977, y *Africa Between East and West*, Tafelberg, Cape Town, 1983; Lewis H. Gann y Peter Duignan, *Africa South of the Sahara*, Hoover Institution Press, Stanford, 1981; Lewis H. Gann y Peter Duignan, *Burden of Empire*, F. A. Praeger, Londres, 1967; Peter Duignan y Lewis H. Gann, *Africa: The Land & the People*, Chandler, San Francisco, 1972.

* Especie de culebrina que disparaba balas hasta de un kilo y medio. (*N de la T*)

les todos debemos avergonzarnos, como la guerra del opio con China⁷ y posteriormente, en 1860, el incendio del palacio de verano, en las afueras de Pekín, pero a pesar de su brutalidad se trata de hechos de poca importancia cuando se los considera desde una perspectiva histórica y no reflejan la política de Occidente en sus relaciones con los países de Oriente.

La División

Muchos estarán en desacuerdo con estas reflexiones acerca del tiempo que antecedió a la división de nuestro mundo. Un ejemplo de un punto de vista diferente, y ahora más común, lo constituye la obra *Orientalism*, de Edward W. Said.⁸ Pero volvamos a ocuparnos de la División, porque, si bien puede haber dudas acerca de la Unidad que la precedió, no las hay, por cierto, en lo que respecta a su existencia, que ha imperado en nuestro siglo dividido.

Hace menos de cincuenta años Winston Churchill declaraba que “una cortina de hierro ha caído” a través del continente europeo. La expresión no le pertenece exclusivamente; Goebbels la había usado en febrero de 1945 y Ethel Snowden, ya en 1920, empleó la misma frase para describir a la Unión Soviética y su esfera de influencia en su libro *Through Bolshevik Russia*.⁹ Este último dato tiene importancia porque nuestro mundo comenzó a dividirse, por supuesto, en 1914, con el estallido de la Primera Guerra Mundial.¹⁰

Poco tiene que ver esta contienda, la Gran Guerra, que dividió nuestro siglo y llevó a la ruina a mucha gente, con el asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo. Lo que le dio origen fue la creencia generalizada en una falacia intelectual, el supuesto de que *las guerras son provechosas*. En realidad, pocas lo han sido; casi todas resultaron ruinosas para quienes participaron en ellas, sin excepción. No obstante, una de ellas –la guerra franco-prusiana declarada en 1870– tuvo como consecuencia la cesión de Alsacia-Lorena a Alemania, que además recibió de Francia una indemnización de 5.000 millones de francos-oro, pagaderos en cuatro años. Esta breve guerra, que apenas duró seis semanas, dio además a Alemania la ventaja de humillar a Francia, lo cual no pasó inadvertido para ninguna de las partes en conflicto. Inmediatamente después se constituyó el nuevo Imperio alemán, con la coronación del Kaiser Guillermo I en Versalles en 1871. Sin duda alguna, esta guerra se consideró en todo el mundo como

⁷ Arthur Waley, *The Opium War through Chinese Eyes*, Stanford University Press, Stanford, 1958.

⁸ Edward W. Said, *Orientalism* Vintage Books, New York 1979. Es interesante destacar que el libro prácticamente no toma en consideración el derecho islámico.

⁹ Ethel Snowden, *Through Bolshevik Russia*, Cassell and Company Ltd., Londres, 1920, 188 pp.

¹⁰ Mis reflexiones con respecto a este tema reconocen dos fuentes: en primer lugar, las ideas de Hayek, tal como las enuncia en *The Fatal Conceit*; en segundo lugar, los vastos conocimientos históricos, teóricos y económicos de Stephen Kresge, compilador de *Money and Nations* y *Nations and Gold*, dos volúmenes que forman parte de las *Collected Works* de Hayek. He hecho míos muchos de los conceptos expresados en las obras de Hayek y en los textos introductorios de Kresge, y quiero expresar aquí mi reconocimiento a ambos.

más provechosa de lo que en realidad fue.¹¹ Si aquellos que ejercían el poder en 1914 hubieran prestado más atención a la Guerra de Secesión de los Estados Unidos, o a la Guerra de los Bóers, tal vez habrían sido más escépticos acerca de las ventajas de la guerra. En cambio, desdeñaron las lecciones que se desprendían de ellas y exageraron los beneficios de la guerra franco-prusiana, sobre la cual el mundo entero fijó su atención — especialmente Alemania y Francia—, considerándola como un modelo que podía repetirse.

Y así se llegó a la Gran Guerra, de la cual todos los contendientes no obtuvieron sino perjuicios. El Imperio alemán, que en la primavera de 1918 había cumplido la mayoría de sus objetivos, considerándose ganador de la contienda, terminó cayendo en la trampa de un desventajoso armisticio con los aliados;¹² los Imperios austrohúngaro y ruso se desmoronaron; surgió el imperio soviético; y a causa de los funestos tratados de Versalles y de Saint-Germain se hizo casi inevitable una segunda guerra mundial. El mundo se había dividido.

Cortinas de hierro, barreras económicas

Por lo general se considera que la cortina de hierro cayó estrepitosamente sobre Europa sólo después de la Segunda Guerra Mundial, y por culpa de Stalin; en realidad, es una consecuencia mucho más directa de la Primera Guerra Mundial. No se debió, inicialmente, a una maniobra de Rusia, si bien ésta estuvo implicada desde el comienzo. Pocos tienen idea de cómo se erigió inicialmente este muro, que aún divide Europa.*

Parte de sus cimientos fueron puestos en la década de 1920, y estaba prácticamente terminado en la de 1930, sobre todo gracias a la ingenuidad de un economista alemán, el talentoso presidente del Reichsbank que frenó la inflación en su país en 1923 y se convirtió más tarde en ministro de economía, cargo que ocupó durante los primeros cuatro años del régimen de Hitler (más tarde fue destituido y encarcelado por los nazis, acusado de alta traición).¹³ Me refiero a Hjalmar Horace Greeley Schacht (1877-1970).¹⁴ *Schacht inventó económicamen-*

¹¹ John Maynard Keynes argumentó después que la indemnización realmente perjudicó tanto a Francia como a Alemania y que condujo a la recesión económica mundial de la década de 1870. *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, vol. XVI, *Activities 1914-1919*, Macmillan and Company for the Royal Economic Society, Londres, 1971, pp. 313-334.

¹² Véase Paul Johnson, *A History of the Modern World*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1983, cap. 1.

* Véase nota de página 3 con respecto a la fecha en que fue pronunciada esta alocución. (*N de la T*)

¹³ Puede encontrarse información al respecto en: Heins Habedank, *Die Reichsbank in der Weimarer Republik: Zur Rolle der Zentralbank in der Politik des deutschen Imperialismus 1913-1933*, Akademie-Verlag, Berlín Oriental, 1981; Harold James, *The Reichbank and Public Finance in Germany 1924-1933; A Study of the Politics of Economics during the Great Depression*, Fritz Knapp Verlag, Frankfurt a. M., 1985.

¹⁴ Véase Norbert Mühlen, *Der Zauberer. Leben und Anleihen des Dr Hjalmar Horace Greeley Schacht*, Europa Verlag, Zurich, 1938; Amos E. Simpson, *Hjalmar Schacht in Perspective*, Mouton, La Haya, 1969; Hjalmar Schacht, *76 Jahre meines Lebens*, traducido como *My first seventy-Six Years. The Autobiography of Hjalmar Schacht*, Allan Wingate, Londres, 1955, y *Kleine Bekenntnisse aus 80 Jahren*.

te el mundo moderno e instauró los tipos de controles y restricciones que todavía dividen a Oriente y Occidente.

Durante la Primera Guerra Mundial se habían llevado a cabo pocos controles de cambio. John Maynard Keynes expresó, con referencia a los emprendimientos realizados para costear la guerra: “Hasta tal punto era contrario al espíritu de los tiempos el control total, que dudo que ninguno de nosotros siquiera lo hubiera considerado posible”.¹⁵ Austria y Suiza podían intercambiar libremente entre sí moneda y crédito. Los alemanes y los austríacos que contaban con recursos en efectivo podían evitar la ruina a causa de las inflaciones de sus respectivos países si actuaban rápidamente; por cierto, no ocurría lo mismo con aquellos que tenían sus activos en depósito o en títulos.

El problema de Schacht, que comenzó a principios de la década de 1920 y continuó hasta fines de la de 1930, consistía en financiar el desarrollo interno de Alemania manteniendo, al mismo tiempo, un tipo de cambio exterior fijo. No era fácil resolverlo porque Francia había impuesto a Alemania, por el Tratado de Versalles, dos obligaciones antagónicas: debía pagarle (y esto implicaba poder hacerlo) cuantiosos resarcimientos y a la vez le imponía tales trabas que nunca más podría volver a ser una nación rica o poderosa y, en consecuencia, peligrosa para Francia.

Schacht consiguió que el Reichsbank llegara a ejercer un control prácticamente total sobre la economía alemana, logrando así poner fin a la inflación. Con la regulación estricta del crédito externo, sobre todo, el Reichsbank pudo detener la salida de marcos hacia el exterior.

Al convertirse en ministro de economía del gobierno de Hitler, sucediendo, entre otros, a Rudolf Hilferding, socialista y “austromarxista”, Schacht extendió su pauta de operaciones a toda Europa oriental.¹⁶ La política exterior de los Estados Unidos, que confiscaron los capitales soviéticos y se rehusaron a aceptar el oro de Rusia por consideración a los reclamos del zar, y más tarde su proteccionismo, que condujo a la Gran Depresión, dieron a Schacht la oportunidad de encontrar una solución ingeniosa -y urgente- al problema planteado y perpetuado en la década de 1930 por los incompatibles designios de Francia. Después de haber recibido un préstamo en oro de Inglaterra, aceptó también el oro ruso, en cuentas bloqueadas, para apuntalar el marco y como pago de las exportaciones alemanas a Rusia.

Als Handschrift für Freunde gedruckt anlässlich meines achtzigsten Geburtstages, Munich, 11 de enero de 1957.

¹⁵ John Maynard Keynes, *Activities 1939-1945; Internal War Finance*, vol. XXII de *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, Macmillan and Cambridge University Press, Londres, 1978, p. 10

¹⁶ Véase Graham Hutton, *Danubian Destiny: A Survey After Munich*, George G. Harrap & Co. Ltd., Londres, 1939. Véase también Harold James, *The Reichsbank and Public Finance in Germany 1924-1933; A Study of the Politics of Economics during the Great Depression*, Fritz Knapp Verlag, Frankfurt a. M., 1985; también el breve análisis en Hugh Seton-Watson, *Eastern Europe between the Wars 1918-1941*, Harper Torchbooks, New York, 1967.

En consecuencia, no sólo tomó disposiciones precisas con respecto a los pagos provenientes del exterior y a las exportaciones a otros países (es decir, para el ingreso de capitales a Alemania y para la exportación de bienes desde allí), sitio que impuso estrictos controles a los propios alemanes. Los ciudadanos ya no podían gestionar individualmente préstamos fuera de sus fronteras, con lo cual se evitaba la salida de marcos alemanes en concepto de pagos; además, tanto las personas particulares como las empresas fueron obligadas, de muy diversas maneras, a ahorrar dentro de los límites del país. En el caso de los judíos, sus propiedades fueron simplemente confiscadas. Con todo esto, Schacht aisló a los alemanes del resto del mundo, pero no al mundo de Alemania; estaba permitido el ingreso de capitales, pero no su salida; podían exportarse bienes, pero no importarlos, excepto en el caso de mercaderías que, como la lana, el Estado consideraba necesarias. La “cortina de hierro” no era totalmente rígida: sólo impedía el paso en una dirección. Esta reseña permite ver cómo instauró Schacht el “control prácticamente total” que quince años atrás había sido impensable para Keynes.

Los arreglos que Schacht llevó a cabo con Rusia constituyeron un modelo que podía implementarse en cualquier lugar. Irrumpió entre las ruinas del Imperio Austrohúngaro para obtener ventajas de la catástrofe originada por las quiebras bancarias y por la depresión, creando así un modelo de relaciones económicas que más tarde, muy poco tiempo después de la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética pondría en práctica casi sin modificaciones.

Se recordará que durante mucho tiempo después de haber terminado la Gran Guerra las comunicaciones entre la mayoría de los estados en que quedó desmembrado el Imperio de los Habsburgos fueron muy difíciles. Viena había sido por siglos el corazón del Imperio, la sede del comercio, las finanzas y la industria, y por ella pasaban las más diversas vías de comunicación y de comercio que atravesaban, por ferrocarril o aguas abajo por el Danubio, esa vasta extensión del centro de Europa. Ahora estas vías estaban divididas por fronteras, aranceles y derechos de aduana destinados a reducir al mínimo la mutua dependencia,¹⁷ y también custodiadas por los representantes de antiguos odios y resentimientos nacionalistas.¹⁸

¹⁷ Véase Graham Hutton, op. cit., p. 24. Véase también *The Economist* (25 de marzo de 1933): 640.

¹⁸ Muchos de los estados que sucedieron al Imperio habían luchado unos con otros: el Austria alemana, ya aislada del intercambio comercial con la Bohemia de lengua alemana, que había sido su centro comercial situado al norte, sufrió los ataques de Yugoslavia desde el sur y de Hungría desde el este. Hungría y Rumania también libraron varias batallas por problemas territoriales, a causa de lo cual los húngaros perdieron gran parte de su territorio. Hacia 1921 Polonia había estado en guerra durante tres años y había triplicado su extensión en relación con lo previsto en la época del tratado. Prácticamente en todos los nuevos estados hubo violentos conatos de golpes comunistas. En 1919 existió durante varios meses el peligro de que se estableciera un estado comunista, desde Baviera y a través de Austria y Hungría, hasta las fronteras del nuevo estado soviético. De hecho, en esta época se instituyeron gobiernos comunistas en Baviera y en Hungría.

Es interesante destacar que si las comunicaciones hubieran sido óptimas, el poderío comunista habría podido atravesar Europa oriental de oeste a este. Pero ni siquiera en los mejores tiempos había

Hjalmar Schacht, moviéndose rápidamente a través de esos territorios, concertó una serie de tratados bilaterales, de comercio y de transporte, con los estados que habían integrado el Imperio de los Habsburgos, con lo cual el centro comercial de la Europa del este se desplazó de Viena a Berlín, Una de las razones por las cuales Hitler asignaba tanta importancia a Bohemia, Moravia y los Sude-tes era la existencia de vías férreas en bastante buen estado que unían Berlín con Hungría y con Austria y que también atravesaban Hungría hasta Yugoslavia y el Adriático, hacia el sur, y hacia Rumania, Bulgaria y el mar Negro, hacia el este. Después de 1938, ningún país al este de Alemania o Italia podía comunicarse por ferrocarril, por carretera o por vía fluvial con los países de Europa occidental sin atravesar territorio alemán o italiano.¹⁹ (Schacht concertó convenios comerciales similares con América latina, sobre todo con Paraguay, Uruguay, Chile, Argentina y, fundamentalmente, Brasil.)²⁰

Cualquier dificultad que pudiera persistir respecto de las comunicaciones dentro de su imperio comercial terrestre fue obviada por los alemanes mediante la construcción de Autobahns. A fines de la década de 1930 tenían el mejor sistema de carreteras del mundo y los intercambios comerciales se realizaban rápidamente en camiones o por ferrocarril, así como por vía fluvial, a lo largo de ríos y canales.

Es importante destacar que los tratados eran bilaterales. Los países que habían formado parte del Imperio exportaban más o menos los mismos bienes; por lo tanto, poco podían comerciar entre sí, con el agravante de que a veces se imponían mutuamente aranceles elevados. Por otra parte, los términos de los convenios firmados con Alemania (tarifas de flete preferenciales, precios también preferenciales para las mercaderías, etc.) constituían un incentivo para comerciar principalmente con este país. *Todos los caminos empezaron a convergir en Berlín.*

Stephen Kresge me enseñó una manera muy fácil de entender y de recordar esta situación tan compleja. Se resume en una frase: “Los albaneses no toman aspirina”. Curiosamente, esto sigue siendo cierto aun hoy, a pesar de los descubrimientos de la ciencia médica acerca de las propiedades de la aspirina para prevenir las enfermedades cardiovasculares. ¿A qué se debe tal cosa? ¿Por qué son tan excéntricos los albaneses? En realidad, no lo son. Son, sí, vengativos y tienen una larga memoria. Los países de Europa oriental, entre ellos Albania, fueron obligados por Schacht a comprar aspirina de Bayer y máquinas de escribir de

habido buenas comunicaciones con la parte oriental del Imperio de los Habsburgos. A menudo se argumentó que ésta fue la causa principal de la absoluta declinación del nivel de vida que se observa en la Europa oriental desde los siglos XIII y XIV hasta el siglo XIX y que la gran contribución económica del Imperio de Francisco José después de 1848 fue la creación de algún tipo de comunicaciones en la parte oriental de sus dominios.

¹⁹ 19 Graham Hutton, op. cit., p. 50.

²⁰ Hasta tal punto que podría decirse, sin recurrir a una licencia poética ni exagerar demasiado, que la guerra de las Islas Falkland [Islas Malvinas] fue la última batalla de la Segunda Guerra Mundial.

fabricación alemana con el dinero obtenido del comercio con Alemania; este dinero estaba colocado en cuentas bloqueadas, en marcos que únicamente podían usarse para comprar propiedades alemanas o ciertos bienes manufacturados en Alemania, tales como productos químicos o máquinas de escribir, a precios fijos. Más tarde, los albaneses sintieron tal odio por los fascistas que dejaron de consumir aspirina. No podría asegurar hasta qué punto ocurre algo similar con las máquinas de escribir.

Mediante los controles internos y los acuerdos comerciales con los demás países Alemania aisló a sus ciudadanos del resto del mundo, pero no incomunicó al mundo con Alemania. Fue el primer país que logró emerger de la depresión, pese a la derrota, a una inflación catastrófica, a las absurdas reparaciones punitivas y a la depresión a nivel mundial. Su capacidad industrial a mediados de la década de 1930 era mayor que la que tuviera en 1914; en efecto, para entonces ya controlaba lo que había sido el Imperio Austrohúngaro, El *Anschluss*, en 1938, completó su tarea de anexión del estado de Austria. En octubre de 1938 Walter Funk, sucesor de Schacht, reivindicaba para el Reich alemán la condición de ser “libre” del sistema económico mundial.²¹ Es decir que Alemania se consideraba separada del orden económico vigente, estado de cosas designado orgullosamente como “autarquía”.²²

Después de la Segunda Guerra Mundial la Unión Soviética se apoderó de lo que había creado Schacht y habían perdido Hitler y Goering. Nuevamente se impusieron acuerdos comerciales bilaterales a todos los países de Europa oriental, esta vez en cuentas bloqueadas en *rublos*, y en términos mucho menos favorables para ellos. Los rusos hicieron a sus nuevos aliados “una oferta que no podía ser rechazada”, utilizando la fuerza hasta un punto al que no habían llegado los alemanes. Esta vez el socio principal no era Alemania, sino Rusia. El comercio y el transporte de bienes entre los países de Europa oriental eran limitados. No había un “mercado común” tal como existía, con éxito, en Europa occidental. *Todos los caminos convergían en Moscú*. Y así quedó emplazada la cortina de hierro, de manera bastante parecida a la concepción que Churchill tenía de ella. Estos acuerdos comerciales y estas barreras persisten aún en gran parte; permiten entender las constantes dificultades económicas de Polonia, mientras que Alemania Oriental, a la cual Alemania Occidental dispensa ahora un tratamiento muy favorable, se ha convertido virtualmente en uno de los miembros del Mercado Común y su prosperidad es mucho mayor que la de los demás países que integran el bloque oriental.*

Perpetuar la división, eliminar la división

²¹ Graham Hutton, op. cit., p, 168

²² El propio Schacht fue destituido, después de un prolongado conflicto con Hermann Goering, cuando insistió en que Alemania no estaba en condiciones de afrontar su política belicista.

* Véase nota de página 3 con respecto a la fecha en que fue pronunciada esta alocución. (*N de la T.*)

No se puede responsabilizar totalmente a los economistas y burócratas alemanes o a los de la Rusia de posguerra, que copiaron los métodos de Schacht, por la División que se inició de manera tan compleja y que dejó su impronta sobre la mayor parte de nuestro siglo. Schacht, acérrimo enemigo del socialismo, se vio forzado a idear sus ingeniosos métodos, por los cuales aisló a Alemania de Occidente, a causa de los ardides del armisticio y los términos del Tratado de Versalles. También la política de los Estados Unidos -para la que, por supuesto, había muy buenas razones pero que terminaron pagando bastante cara, como se ha hecho cada vez más evidente- impuso un aislamiento similar al bloque soviético. Por ejemplo, los eurodólares, que desempeñaron un importante papel con respecto a la caída del dólar, fueron un invento soviético destinado a evitar el control de los Estados Unidos sobre sus capitales.

En Bretton Woods, Lord Keynes trató de impedir divisiones ulteriores y de disuadir a los países de Occidente de que impusieran los métodos de Schacht. Logró que llegaran a un acuerdo con respecto a la adopción de un patrón monetario común basado en el dólar estadounidense. Para entonces, además, el inglés se había convertido ya en un nuevo idioma universal. Ambas cosas contribuyeron a evitar la división y a conformar por lo menos una unidad parcial en la posguerra. Pero los acuerdos de Bretton Woods no incluyeron el comercio, los aranceles ni los movimientos de capital, y esto explica por qué no hay aún prácticamente un verdadero comercio libre en ningún lugar del mundo. La excepción la constituye Hong Kong; a menudo se creía que también lo era Singapur, pero no es así, puesto que obstaculiza el flujo de ciertas informaciones fuera de sus fronteras.

Por otra parte, no sólo la Unión Soviética es responsable por la desunión; también lo son los Estados Unidos, por elevados que hayan sido sus motivos, a causa de su insistencia, durante y después de la Segunda Guerra Mundial, en dismantelar lo que quedaba de los antiguos imperios basándose en su poderío económico y militar. Los Estados Unidos continuaron fomentando el nacionalismo que dio una nueva configuración a Europa después de la Gran Guerra; puede decirse que, en verdad, este país fue el paladín del nacionalismo, como si éste, en lugar de haber fracasado miserablemente, hubiese constituido una solución. Para ello, propició la creación de estados débiles y artificiales vinculados por alianzas también artificiales, estados que difícilmente podrían considerarse naciones en algún sentido de la palabra. Estos países tampoco podían ser, honestamente, vistos como *aliados* por los Estados Unidos, fuera cual fuese la letra de los tratados.²³ La destrucción de los antiguos imperios fue seguida la mayoría de las veces por dictaduras o por un retorno a asociaciones políticas tribales, con lo cual surgieron nuevas fronteras y nuevas divisiones de todo tipo. El sustrato filosófico de esta creación de naciones por parte de planificadores es el “racionalismo cons-

²³ Véase Peter Bauer (Lord Bauer), *Equality, the Third World, and Economic Delusion*, Harvard University Press, Cambridge, 1981; *Dissent and Development*, edición revisada, Harvard University Press, Cambridge, 1976.

tructivista”, al cual Hayek se opuso tenazmente durante la mayor parte de su vida.²⁴

Supuestamente, estos países, a los cuales los Estados Unidos ayudaron a constituirse con lo que se pensaba era una imagen propia, eran estados independientes. No obstante, nunca se les permitió que lo fueran porque los Estados Unidos estuvieron siempre presentes, consagrados a la tarea de evitar el avance de un imperio que a mediados de la década de 1940 no sólo permanecía intacto sino que durante algún tiempo pareció crecer; el del comunismo, Hayek demuestra, en *The Fatal Conceit*, que un imperio socialista de tales características no podía perdurar durante mucho tiempo, y que siempre ha sido parasitario para Occidente. Ahora se ha derrumbado, aplastado por su propio peso muerto. Los líderes de los Estados Unidos no pudieron prever estos acontecimientos porque no entendieron cuál era la debilidad del socialismo, y a menudo exageraron su fuerza,²⁵ considerando como su deber irrenunciable impedir su expansión, dondequiera que ésta fuese posible. Sobre todo, no podían permitir que aquellos estados que con tanto costo y esfuerzo habían sido arrancados a los antiguos imperios europeos cayeran bajo su dominio, y por esa razón no podían ser independientes, se admitiera esto abiertamente o no. Surgió así una compleja red de operaciones de servicios secretos y de organismos de “inteligencia” que montaban guardia en la periferia de la civilización, a ambos lados de la cortina de hierro. Los gobiernos de los Estados Unidos y de otros países occidentales reemplazaron el conocimiento público por la “inteligencia secreta” como guía principal para sus políticas gubernamentales. Se desechó así la idea de que el conocimiento era el resultado de la libre competencia en el libre mercado de las ideas, o por lo menos dejó de ser considerado como la guía de operaciones para la política estatal. De esta manera pasaron a un segundo plano la concepción de la libertad de pensamiento y de expresión, que había caracterizado a Occidente a partir de Milton, y la idea fundamental, subyacente en la teoría hayekiana, del conocimiento como un *proceso de descubrimiento* competitivo; tomó su lugar la inteligencia secreta, la *supuesta inteligencia* que carecía de una confrontación adecuada con la realidad.²⁶

²⁴ Para Hayek, el constructivismo racionalista es la teoría de la racionalidad subyacente en el socialismo y en otras doctrinas occidentales, según la cual las instituciones humanas pueden ser proyectadas deliberadamente, mediante la razón, en relación con un objetivo compartido [por todos] y con consecuencias predecibles. Véase su análisis en *Law Legislation and Liberty*, en tres volúmenes, University of Chicago Press, Chicago, 1973-1979; *The Fatal Conceit*, op. cit., esp. pp. 22, 50-51, 60-61, 63-66, caps. 4 y 5

²⁵ Para conocer algunas de las características de este período de guerra fría, durante el cual floreció la idea de que la diversidad de Occidente constituía una desventaja, véanse los puntos de vista contrastantes de John Wild y de James Bryan Conan en mi antiguo ensayo “Religion at Harvard”, en *The Harvard Crimson*, 28 de marzo de 1958, y, algo abreviado, en *The New Republic*, 21 de abril de 1958.

²⁶ Un ejemplo bastante gracioso de los extremos a que esto puede llegar se encuentra en “The Ultimate Secret: A Pentagon Report Its Author’s Can’t See”, *Wall Street Journal*, 18 de febrero de 1986, que incluye la siguiente declaración: “Los funcionarios del Congreso y el Pentágono afirman que no recuerdan ningún caso previo en el cual la administración se haya incautado realmente de un informe preparado por una rama del Congreso y lo haya clasificado más allá de lo que los miembros del Congreso están habilitados para conocer. A algunos les preocupa que la manipulación del informe insinúe que el Pentágono puede distraer al Congreso de asuntos más importantes”.

Aquí, en efecto, entramos en el mundo de la fantasía, ya que los países que los Estados Unidos deseaban controlar tan fervientemente, no eran obedientes en absoluto. Ni siquiera les fue posible dominar Panamá o vencer a los sandinistas, aunque en unos pocos casos su intervención resultó efectiva, como en Chile y en Guatemala.

Lo mismo podría haber ocurrido con cualquier país que deseara tener los acontecimientos bajo control, o con cualquier operación destinada a lograrlo. Esto se debe a que los resultados de un proceso de descubrimiento competitivo son siempre impredecibles. Incluso el conocimiento que ya poseemos lo es, Como lo he dicho ya en otra parte, es “inescrutable”.²⁷ El desarrollo del conocimiento, por ser impredecible, puede amenazar el control gubernamental, pero no es menos cierto que la inteligencia secreta, que no está sujeta al debate de las ideas, es aun más indigna de confianza.

La unidad hace prodigios: desaparecen las fronteras

El análisis anterior podría considerarse pesimista; parecería sugerir no sólo que nuestro siglo ha sido dividido sino que debe permanecer así y que cada uno de nosotros es responsable en parte por esa división. En cambio, mi enfoque es relativamente optimista. En la actualidad las fronteras tienden nuevamente a debilitarse y el mundo empieza a unirse otra vez, pese a todos los signos en contrario. La unidad de que había gozado el siglo XIX con respecto a los procedimientos legales parece haberse restaurado por fin, como quedó expresado por la declaración soviética, en 1989, en el sentido de someterse a la jurisdicción de la Corte Internacional en todos los casos relacionados con derechos humanos; esto parece poner fin a cuatro décadas de oposición soviética a aceptar la competencia de la Corte en tales asuntos.²⁸ Esto es tal vez más importante que la *glasnot*, y también le sirve de complemento. La *glasnot*, considerada en sí misma, rige la política soviética dentro de la U.R.S.S. Si eso hubiese sido todo, se podría llegar a la conclusión de que Gorbachov se ha limitado a liberar nuevamente a los siervos, e incluso se podría dudar de que haya sido efectivamente así. Pero la nueva declaración partió en dos la cortina de hierro para permitir que el brazo de la Corte Internacional, como representante del orden extendido, alcanzara a la Unión Soviética.*

He aquí nuevamente la expresión de Hayek, “el orden extendido”. Esta idea tiene una fuerza extraordinaria, como también la tiene la explicación de Hayek del modo como el orden se extiende a través de la competencia de diversos tipos, en especial la competencia del conocimiento, la cual incluye a su vez la competencia de las tradiciones y de las instituciones que encarnan el conocimiento. En esta competencia, la información y las tradiciones e instituciones que se

²⁷ Véase mi libro *Unfathomed Knowledge, Infinite Ignorance*, Open Court, LaSalle, 1989.

²⁸ Informe del 8 de marzo de 1989.

* Véase nota de página 3 con respecto a la fecha en que fue pronunciada esta alocución. (*N. dela T.*)

adecuan a la realidad son seleccionadas evolutivamente. *Este orden extendido no tiene fronteras.*

Los japoneses: “Los empiristas más dedicados del mundo”

A título de ejemplo, vayamos de Europa a Asia y consideremos, por supuesto, a los japoneses. Antes de la Segunda Guerra Mundial éstos se encontraban, pese a haber hecho muchos y rápidos progresos, anclados todavía en el pasado, en las antiguas tradiciones de los *shogun* y de las familias de raigambre militarista; también estaban, en gran medida, motivados por un sentido de destino. Se consideraban a sí mismos -algunos todavía lo hacen- como una raza superior, y apenas podemos censurarlos por eso, ya que no son los únicos. La concepción de pueblo elegido no es solamente bíblica y judaica: los norteamericanos inventaron doctrinas tales como la del destino manifiesto, y aunque la Estatua de la Libertad mire hacia el Este, los japoneses fueron excluidos de los Estados Unidos, en términos insultantemente racistas, por la Cláusula de Exclusión de 1924. Hitler pretendió imponer el dominio de la raza germánica; según la teoría de Marx, el socialismo y el comunismo eran inevitables, y aseguraban la victoria del proletariado. Por lo general estas concepciones historicistas y racistas terminan por desmoronarse, pero desgraciadamente en algunos casos tardan demasiado en caer. Su fracaso no se debe sólo a sus fundamentos historicistas, a sus ideas falsamente deterministas o racistas, sino a que las políticas emergentes de ellas no pueden adaptarse o ajustarse con facilidad al cambio impredecible que, como lo destaca Hayek, constituye la base de la evolución del orden, tanto en la naturaleza como en la sociedad humana.

La bomba de Hiroshima hizo que los japoneses sintieran que “sus pensamientos quedaban separados de sus ideas”. Sin minimizar en absoluto la tremenda tragedia humana que ese hecho significó, puede decirse que constituyó una terapia de shock masiva. Hoy en día el pueblo japonés se ha adaptado extraordinariamente bien al mundo real y ha dejado de lado muchas de sus ilusiones. Incluso se han convertido tal vez en los empiristas más dedicados del mundo, empeñados en comprender y dominar la naturaleza y las instituciones sociales de nuestro mundo.

La Segunda Guerra Mundial, que llegó a su fin por el shock que generó esta reforma, constituyó el episodio más importante en el desarrollo de nuevos estándares para un mundo unido: el idioma inglés como lengua de uso generalizado, el dólar como patrón monetario y, lo que es más importante, la demostración del formidable poder de las leyes objetivas de la ciencia. Los japoneses han demostrado una extraordinaria flexibilidad en su adaptación a todas estas cosas, si se los compara, por ejemplo, con los franceses, que todavía llevan a extremos absurdos su resentimiento porque su lengua ha quedado relegada en relación con el inglés, y cuyas leyes estipulan que únicamente un ciudadano francés puede aspirar al título de “profesor”.

El objetivo de la ciencia es ampliar el orden extendido, y no cambia al atravesarlas fronteras o hablar un idioma diferente. La ciencia -que trata de lograr una exacta representación objetiva de la realidad física y social- unifica el mundo: “Di la verdad siempre que puedas, y tu palabra será ley en el universo”.²⁹ Los japoneses han aprendido la lección de que el nuevo conocimiento científico es más poderoso que casi cualquier otra cosa. Los militares perdieron la guerra en el Japón y la ganaron en los Estados Unidos, puesto que el pueblo japonés abandonó el militarismo para consagrarse a la *realidad*, a los hechos, y algunos norteamericanos, al igual que los soviéticos, a menudo han profanado su herencia y despilfarrado su capital, invirtiéndolo en una ilusión.

Ahora bien, no deseo hacer aquí una ingenua alabanza de los japoneses. Si bien respetan la realidad, no han aprendido aún a desarrollar una teoría original, por lo cual descuidan aquella parte del proceso evolutivo, y del aprendizaje, que consiste en la *variación*.³⁰ Su sociedad está muy lejos de ser una sociedad abierta, y no acogen con demasiado agrado a los extranjeros, a pesar de que tienen una gran apertura con respecto a los conocimientos científicos y a los productos procedentes de otros países. Tampoco acatan todas las leyes del orden extendido, violándolas en forma obstinada y ominosa. Roban todo el conocimiento que pueden, sin pagar por él. Aunque han suscripto la convención internacional de derechos de propiedad literaria, en la práctica sus editores piratean libros y rara vez pagan regalías a los autores que no son de origen japonés, En lo que respecta a las patentes la situación es un poco mejor, ya que los riesgos que deben enfrentar son mayores.

No obstante, los japoneses se encuentran enormemente avanzados en relación con la mayoría de los países surgidos de los antiguos imperios y que ahora forman parte del “tercer mundo”. Los líderes de esos países, sobre todo los intelectuales que han recibido una formación occidental, niegan sistemáticamente el poder del conocimiento objetivo. Este tercer mundo liberado del yugo colonial niega o ignora la existencia y la fuerza de lo que Sir Karl Popper llama “Mundo 3”, el mundo del conocimiento objetivo, y de lo que Hayek denomina nuestras atesoradas tradiciones morales y económicas, que han ido evolucionando de manera inconsciente y espontánea. En estos países los dogmas políticos o religiosos tienen preeminencia sobre la realidad objetiva. Por eso se hundieron en la pobreza China, a lo largo de muchas décadas, y Rusia y su bloque oriental. Lo mismo puede decirse de Africa y de parte de América del Sur y de América Central, sólo

²⁹ Esta declaración pertenece a mi amigo Werner Erhard. Véase, de mi autoría, *Werner Erhard: The Transformation of a Man*, Clarkson N. Potter, New York, 1978.

³⁰ Véase Gerard Radnitzky y W. W. Bartley III (comps.), *Evolutionary Epistemology, Rationality, and the Sociology of Knowledge*, Open Court, LaSalle, 1987. A menudo es tema de controversia la debilidad de los japoneses en lo que respecta a descubrimientos originales. Véase, por ejemplo, “Stifled Scholars: Japan’s Scientists Find Pure Research Suffers under Rigid Life Style: They Discover the Job System and Pressures to Conform Prevent Big Discoveries”, *The Wall Street Journal*, pp. 1 y A12.

que en una escala mucho mayor. En cuanto a los países islámicos, su fanatismo religioso los está llevando a la autodestrucción.

Las nuevas divisiones creadas por el fanatismo: la “unificación” por la fuerza

En la actualidad, gran parte del mundo ha sido presa de ideologías religiosas y políticas que habrían resultado ridículas o provocado un desprecio mucho más franco y honesto a principios de nuestro siglo; incluso se trata de *superar* las divisiones por medio de ellas. El papel de la religión en la política mundial, interior o exterior, es mucho más importante hoy de lo que había sido desde la Guerra de los Treinta Años. Los representantes de tales posiciones han sucumbido -a diferencia de la mayoría de los japoneses- a la influencia de ideologías que han afectado su capacidad de explotar el cuerpo de conocimientos que aumenta cada vez con mayor rapidez.

Entre estos grupos se cuentan los fundamentalistas de los Estados Unidos, que tratan de apoderarse del poder del Estado para imponer a sus compatriotas sus puntos de vista metafísicos. Sus adeptos se multiplican con rapidez, mientras que disminuye el número de los que profesan las denominaciones principales y más antiguas, representadas por pensadores como Reinhold Niebuhr y Paul Tillich, cuyo cristianismo es más apacible, benévolo y decente, carente de fanatismo.³¹ Tal vez hay una diferencia de grado entre el fanatismo islámico y el de los fundamentalistas cristianos, pero en realidad son similares.³² Los países de Medio Oriente, cuyas sociedades son extremadamente cerradas, no se rigen por el derecho ni por un sentido de libertad. Esto ocurre tanto en Irán como en Arabia Saudita. El Islam desafía hasta tal punto el derecho y la libertad de expresión individual tradicionales en Occidente, que se opone a algo que constituye la esencia de todas nuestras libertades: el disenso y la crítica en materia de religión. Por sobre todo esto coloca el denominado derecho islámico, con sus eventuales fórmulas de muerte y terrorismo. Hace poco tiempo, Irán descargó una condena a muerte sobre la cabeza de un escritor inglés que se atrevió a hacer una crítica del Islam, considerándolo “blasfemo”. Algunos intelectuales norteamericanos defendieron la posición iraní argumentando, con condescendencia, que el Islam simplemente tiene una ley diferente. Resulta despreciable este relativismo cultural por el cual los intelectuales de Occidente condonan el asesinato de uno de ellos por lo que consideran respeto a una ley bárbara.³³ Esta es la filosofía según la cual “todo vale”.

³¹ Mi fuerte crítica a Niebuhr y Tillich, en mi obra *The Retreat to Commitment* (A. A. Knopf, Inc., New York, 1962; 2a ed., Open Court, LaSalle, 1984), no desmiente mi aprecio por estos hombres y por sus obras. Acerca de la declinación de las antiguas denominaciones protestantes principales, véanse el análisis y las cifras proporcionados por *The San Francisco Chronicle*, 13 de febrero de 1989, p. A8.

³² Ambas son lo que yo llamo “religiones de credo”, pertenecientes al “metacontexto justificacionista del credo verdadero”. Véase, de mi autoría, *The Retreat to Commitment*, 2a ed., op. cit., Apéndice 1.

³³ No sólo los intelectuales de Occidente han defendido a los iraníes, sino que también lo ha hecho el Vaticano. L'Osservatore Romano del 4 de marzo, después de haber observado, correctamente, que la novela de Rushdie resultaba ofensiva para millones de personas, argumenta que “el derecho a la libre

Conocimiento, diversidad cultural y fronteras abiertas

¿A qué se resisten estos fanáticos? Sencillamente, a lo que han aceptado los japoneses y otros pueblos: a exponerse a puntos de vista alternativos. No admiten que vivimos en un mundo signado por diferencias culturales sustanciales, y en países que no están unificados por una única tradición cultural. No comprenden por qué las formas políticas y jurídicas unificadoras son las más convenientes para una situación mundial de tales características,³⁴ y en consecuencia se empeñan en tratar de imponer -en primer lugar a sus compatriotas y después al resto del mundo- sus propias formas políticas y religiosas y sus propias conductas, pensando que son igualmente válidas para todos y cada uno de los hombres. De esta manera eliminan el proceso competitivo que da origen a nuevos conocimientos y nuevas riquezas, mientras que para formar parte del orden extendido de la civilización humana, como lo denominara Hayek, es preciso abrir las propias fronteras, personales o geográficas, al conocimiento y a las nuevas experiencias. Las sociedades cerradas encuentran esto muy difícil, porque el conocimiento, siendo esencialmente impredecible, y por ende incontrolable, constituye una amenaza para los estados y las instituciones autoritarios y dogmáticos, y para las fronteras artificiales que erigen.

No puede esperarse que estas fronteras desaparezcan de la noche a la mañana. Sin embargo, es preciso recordar que *los estados artificiales creados después de la Segunda Guerra Mundial y las ideologías surgidas al amparo de la cultura occidental se están debilitando, no por razones políticas o ideológicas sino por razones económicas y, sobre todo, tecnológicas*. Esto se debe en parte a la internacionalización de la producción y a la rapidez de los transportes, pero lo más importante es que las computadoras, los satélites y la transmisión instantánea de información a nivel mundial hacen enormemente difícil, para cualquier sociedad o grupo cerrado, sustraerse efectivamente al conocimiento competitivo disperso en todo el mundo. Este conocimiento puede obtenerse con tanta rapidez que las fronteras tradicionales-inclusive las de esas sociedades cerradas- están dejando de tener sentido.

Los nuevos canales de comunicación pueden ser utilizados por los representantes de las sociedades abiertas, así como por los individuos libres, para persuadir a otras sociedades de que dejen de lado sus exclusiones. Lo quieran o no,

expresión no debe escarnecer la dignidad de otros". Este sentimiento tan elevado es una de las recetas más antiguas que se conocen para suprimir la crítica. La crítica seria, esencial, fatalmente debe ofender; el propio conocimiento resulta a menudo ofensivo. Protegerse de sufrir una ofensa equivale a protegerse del aprendizaje. Hace muy poco tiempo hubo en la Universidad de Stanford un encarnizado debate acerca de una "pauta fundamental" de la cual eran partidarios muchos miembros de la facultad; esta pauta restringiría dentro del ámbito de la Universidad los derechos asegurados por la Primera Enmienda y prohibiría a las personas -por ejemplo, a los conferenciantes- apartarse de las "pautas aceptadas por la comunidad" y decir cualquier cosa que pudiera resultar ofensiva para quienes hubiesen elegido forma parte de su auditorio.

³⁴ Véase el importante ensayo de John Gray "The Politics of Cultural Diversity", en *Quadrant* (noviembre de 1978): 29-38.

las sociedades abiertas y sus miembros se ven mezclados en los asuntos internos de su propio país y de otros. Por ejemplo, cuando se otorgan créditos a otros países o se emprenden en ellos actividades de comercio o de producción, es inevitable ejercer cierto impacto totalmente impredecible sobre su vida y sobre los comportamientos y tradiciones de sus habitantes. Lo mismo ocurre con los productos culturales, la literatura y el arte, y con los medios de comunicación. Si bien se puede declarar excluidas a personas, instituciones, ideas, prácticas, etcétera, es extremadamente difícil, y también muy caro, implementar esas exclusiones en un mundo atravesado por una compleja red de comercio y de comunicaciones.

Es comprensible que en situaciones tan complicadas, algunas personas, y algunos gobiernos, experimenten cierta confusión: quieren, al mismo tiempo, recibir y excluir.³⁵ En consecuencia, algunos confunden el derecho a excluir con la reivindicación de derechos y mezclan, a menudo en forma bastante ambigua, los derechos y reivindicaciones de los individuos con los de los “pueblos”, las comunidades y los estados. No hace mucho tiempo, mientras revisaba una solicitud para la concesión de un permiso de fundación, encontré esta curiosa y categórica declaración:

Cada pueblo, cada nación, tiene derecho a un estilo de vida propio, a formas de organización gubernamental, jurídica y social y a una identidad que sea el reflejo de su propia historia y corresponda a su naturaleza. Sin esto no puede haber auténtica creatividad, innovación ni “desarrollo”.

De hecho, los pueblos tienen sus propias formas de gobierno, sus instituciones jurídicas y sociales, su historia; también tienen el derecho de perpetuarlas y valorarlas, con razón o sin ella. Pero, ¿a quién podrían reclamarle “un estilo de vida propio” si no lo poseen? ¿Cuál es esa “naturaleza” peculiar de cada pueblo sobre la que se insiste? ¿Y quién podría otorgarles “una identidad cultural que refleje su propia historia”, si carecen de ella? Prácticamente no hay en el mundo ningún pueblo o sociedad unificados por una tradición cultural única, y menos aun por “un estilo de vida propio”.

Cabría preguntarse qué respuesta esperaríamos obtener el autor de esta proposición. Para mucha gente, el papel de las instituciones políticas consiste, en parte, en apuntalar aquellas identidades culturales que se perciben como vacilantes.³⁶ Cuando sus tradiciones morales, políticas o jurídicas resultan perjudicadas o amenazadas por los cambios o por las nuevas teorías, muchos consideran que tienen “derecho” a la protección del Estado. Con frecuencia, proporcionarles tra-

³⁵ Acerca de las libertades gemelas de dar y recibir, véase, de mi autoría, “Let Me Count the Ways I Love You, Let Me Count my Liberties”, prólogo a mi obra *Unfathomed Knowledge, Infinite Ignorance*, op. cit.

³⁶ Véase, en mi obra *The Retreat to Commitment*, op. cit., un relato acerca de dos identidades amenazadas que forman parte de la cultura occidental: el protestantismo y el racionalismo.

diciones alternativas, sean morales, religiosas, políticas o jurídicas, informarlos acerca de ellas o permitirles que las practiquen implica restringir los derechos de otros, connacionales o extranjeros.

Ahora bien, el deber del Estado no es defender tradiciones y estilos de vida individuales, practicados dentro de un círculo cerrado, sino preservar una estructura jurídica que permita la coexistencia de quienes sustentan costumbres y prácticas diferentes.

La creatividad, las innovaciones y el progreso del conocimiento han estado asociados siempre con la confrontación cultural y casi nunca con el aislamiento o con la protección del Estado. Esta confrontación constituye también el marco dentro del cual florece la libertad ; en los últimos años, se ha visto intensificada por el desarrollo de la tecnología y de los medios de comunicación.

Por otra parte, el fanatismo manifestado en años recientes es la histeria de quienes saben, en lo más profundo de sus corazones, que han perdido, y el *resentimiento* autodestructivo de quienes desearían que los pueblos libres se hundiesen con ellos.

Las fronteras desaparecen y surgen otras nuevas

Los viejos límites nacionales, que han perdido su razón de ser en función de los avances de la tecnología y de una renovada apreciación de las instituciones jurídicas y económicas realmente operativas, han dejado su lugar a nuevas fronteras. Estas, que poco tienen que ver con las nacionalidades, marcan las separaciones entre los pueblos y grupos humanos preparados para aceptar los cambios propios de un mundo impredecible y aquellos que se resisten y pretenden actuar según pautas o creencias arbitrarias. Estos últimos creen que las fronteras que deben desaparecer son las de otros pueblos, y por vía de la capitulación, no mediante la interacción. Pero el conocimiento es una calle de dos direcciones.